

Felipe E. MAC GREGOR, S. J.

LA ENCICLICA HUMANI GENERIS Y LA ACTUAL SITUACION INTELECTUAL DEL MUNDO *

Introducción

El 12 de Agosto del presente año, "junto a S. Pedro", el Santo Padre Pio XII firmó un documento o carta encíclica en que trata de precisar la doctrina católica frente a los principales errores contemporáneos.

El documento lleva el nombre de "Humani Generis", por ser ésas las dos palabras iniciales de su texto latino; y la costumbre inmemorial es, que las Encíclicas Pontificias se denominen por las dos palabras iniciales de su texto.

La Encíclica representa para algunos "una fijación y canonización más de la Escolástica; una condenación del existencialismo; una afirmación de esencias inmóviles".

Estas medias verdades, estas incomprendiones sobre el verdadero alcance de la Encíclica y la gravedad misma de las cuestiones que ella trata, me movieron a aceptar el ofrecimiento que me hiciera el Instituto Riva-Agüero para proponer algunas consideraciones sobre el valor y sentido de este documento.

* Cursillo de tres lecciones dictadas en el Instituto Riva-Agüero los días 24, 27 y 28 de octubre de 1950.

Estas charlas no pretenden hacer una exégesis completa de la Encíclica, cosa imposible en tan breve tiempo; modestamente pretenden ubicar este documento en el conjunto de verdades y enseñanzas reveladas y hacer notar su valor para la inteligencia aun de los no creyentes.

Es interesante notar que la Encíclica, documento que algunos han querido hacer *negativo y destructor*, no contiene en realidad sino dos condenaciones explícitas; la condenación del poligenismo (I-37)¹ y la condenación de la opinión que afirma que Adán no fué un individuo que al pecar personalmente transmitió el pecado a todos sus descendientes, sino que es un tipo o figura que representa un pecado cometido por toda una raza (2-37).²

El origen próximo —la circunstancia— de este documento es sin duda el poderoso movimiento ideológico que ha surgido en Europa después de la guerra. En una Europa afiebrada por el hambre y la destrucción, una cosa no ha languidecido, la inquietud por pensar. En la intensa revisión ideológica de los postulados mismos de la vida y de la razón humana, que vive hoy Europa, naturalmente que el problema de Dios y el sentido del acontecer humano han tenido que ser planteados.

Francia no ha estado ausente de esa cita intelectual; en ella fluye abundosa una corriente que agrupa muchas cosas distintas y que por simplificar ha sido designada con el nombre de "Nouvelle Théologie". Yo no encuentro una frase más apropiada para explicar lo que este movimiento pretende construir que las siguientes palabras del P. Yves de Montcheuil S. J., decano de la Facultad de Teología del Instituto Católico de París, escritas mucho antes de las actuales controversias y bastante tiempo antes de la guerra:

"Le modernisme ne sera pas liquidé tant qu'on n'aura pas donné satisfaction dans le méthode théologique aux exigences d'ou est né le modernisme".³ La Nouvelle Théologie quiere satisfacer esas exigencias.

El propósito es magnífico; algunas de las realizaciones han sido notables; pienso, por ejemplo, entre estas realizaciones en las Pastorales del

¹ Citamos la Encíclica por la versión oficial vaticana; los números entre paréntesis corresponden a la Edición Especial de la Encíclica preparada por el Instituto Riva Agüero, Imprenta Santa María, Lima, 1950.

² *Ibidem.*

³ Citado por Jean Daniélou, S.J.: *Les orientations présentes de la pensée religieuse*, Etudes, t. 249 (1946), p. 7.

Cardenal Suhard: sobre la "Iglesia" o sobre "Dios en nuestra vida"; en las traducciones de Padres Griegos; en el poderoso movimiento litúrgico, etc., pero desgraciadamente se ha exagerado.

La historia se repite: las primeras figuras en los grandes movimientos intelectuales tienen la prudencia propia del hombre de valer y conocen sus limitaciones.

Luego vienen los segundos; los que sin la inspiración o prudencia del genio, se sienten iconoclastas reformadores de todo lo anterior.

Hay en el texto del documento pontificio que comentamos claras indicaciones de la magnitud del peligro y constancia de los excesos a que se ha llegado.⁴

Muchos de mis lectores conocerán la novela de Paul Bourget: *Le démon de midi*. Quienes la recuerden podrán entrever algo de la profunda crisis afectivo-intelectual que producirá en Francia esta Encíclica. Pienso sobre todo en aquella escena en que describe Bourget al P. de Malret presentando ante el auditorio de la "Escuela libre de Estudios Religiosos" al Abate Fauchon, el famoso modernista autor de *Hakeldama*.⁵

Algo de todas esas dolorosas tragedias que rezuman a través de las páginas de esta novela inspirada, se repetirán ahora en Francia.

Conozco personalmente a algunos de los protagonistas del drama espiritual que hoy se vive en Francia; estoy cierto que ellos sabrán superar la prueba; pero otros caerán.

Por cartas sé que hay almas a quienes la publicación de la Encíclica ha amargado haciéndoles sufrir un rudo golpe que los ha ofuscado.

Lejos de esa realidad dolorosa, mientras compadecemos el sufrimiento intelectual de esos hombres y pedimos a N. Señor quiera darles fortaleza y luz para superar la prueba, analicemos con serena actitud las preciosas enseñanzas que este documento nos da.

⁴ Copiamos, entresacando, algunos de los errores principales que el Papa señala. Extraña coincidencia con los errores gnósticos y averroistas que más adelante haremos notar.

No se puede demostrar la existencia de Dios.

El mundo es necesario; no pudo no haber sido creado.

La presciencia de Dios está limitada; dicha presciencia no abraza a los futuros libres y por consiguiente la providencia divina no se extiende hasta ellos.

Los ángeles son seres impersonales, como las estrellas o los planetas; no tienen conciencia.

La Eucaristía no es el sacramento de la presencia real de Nuestro Señor, sino de una presencia simbólica o mística.

⁵ Bourget, P., *Le démon de midi*, Paris, Plon, v. II., p. 144.

Misterios de la vida: no hay alumbramiento sin dolor. Nosotros es-
pigamos gozosos el grano de verdad y enseñanza que la Encíclica nos
ofrece; hay quienes han regado con sangre de sus almas el surco en el
que esas enseñanzas florecieron.

Como primera parte de esta exposición yo quisiera llamar la aten-
ción sobre un hecho en el que generalmente no se repara: la frase de
Paulsen, pedagogo alemán, protestante: "la Iglesia Católica es la gran
educadora de Europa", no sólo quiere decir que ella salvó la cultura clá-
sica de las ruinas de la barbarie preservándola en sus monasterios; que
ella fundó Monasterios-Escuelas y más tarde Escuelas-Universidades eu-
ropeas —Oxford, Cambridge, París, Salamanca, Bolonia, fueron funda-
ciones de la Iglesia—; esa frase quiere decir algo mucho más importante
y mucho más profundo. Significa que históricamente la Iglesia Católica
ha salvado la vida misma de la inteligencia europea —y por consiguiente
occidental—, preservándola de lo que, con frase feliz Newman ha llama-
do los excesos suicidas del escepticismo humano. El documento que co-
mentamos esta noche es un esfuerzo más para salvar la razón.

Larga es la historia de la heroica defensa que la Iglesia Católica ha
hecho de la vida de la razón humana. No podemos ni siquiera intentar
describirla aquí; pero queremos, sin embargo, recordar algunos periodos
o momentos de esa historia, eligiendo aquéllos que guardan especial ana-
logía con nuestra situación contemporánea.

El primero de esos momentos fué el *gnosticismo*.

Gnósis es una palabra griega que significa "conocimiento"; y ha si-
do reservada por el uso para indicar una forma especial de conocimiento,
el conocimiento no racional, semi-infuso, no adquirido por proceso dis-
cursoivo. Gnósis tiene hoy la implicación de un "mal conocer". Esta no-
ción de "mal conocer" necesita un esclarecimiento y voy a darlo citando
a un pensador argentino contemporáneo:

El "buen conocer" en el hombre consiste en el humilde, trabajoso,
y limitado discurso abstractivo, completado con la revelación divina, mu-
cho más espléndida ésta por su alcance y objeto, pero humillante al en-
tendimiento, al cual sujeta en dolorosa cautividad de amor, como dice
San Pablo. El "mal conocer" del hombre consiste en violentar con or-
gullo estas dos humildes vías humanas, lo cual da dos aberraciones ¡ay!

demasiado humanas: racionalismo y pseudomística. El racionalismo, que exige a la mente humana, la más flaca entre las sustancias intelectuales, en suprema medida de toda realidad ("el hombre es la medida de todo", Protágoras), y rehusa admitir nada que en ella no entre de juro; y por otro lado, los diversos "teosofismos", "ocultismos" y falsas místicas o magias que pretenden por medios desviados (como el espiritismo de nuestros días) revelaciones tan fáciles como fallidas. En suma, la corrupción de uno de ambos caminos del conocer con exclusión del otro, constituye el mal más peligroso para el hombre y su tentación más íntima.⁶

Los movimientos gnósticos, es decir, los grupos de hombres que propugnaban ideas o sistemas intelectuales relacionados con el ocultismo negador del conocimiento racional, son anteriores a Jesucristo en muchos siglos.

La situación espiritual del mundo a la venida de N. S. Jesucristo favorecía de manera especial esos sistemas: el sincretismo religioso, los cultos místéricos, las influencias doctrinales de Caldea y Persia, la misma degradación moral que busca un incentivo a sus excesos en teorías de carácter más o menos oculto, todo ello favoreció la difusión del gnosticismo.

Cuando el cristianismo empezaba a propagarse hubo sectas o grupos gnósticos que vieron en la nueva religión una nueva vía gnóstica y quisieron utilizarla para sus fines. Los Hechos de los Apóstoles nos han conservado el nombre del primer gnóstico cristiano: se llamaba Simón el Mago.

El peligro del gnosticismo no fué comprendido por algunos católicos.

Sin la medida de una sobria prudencia estos católicos incautos vieron en el gnosticismo un método y una doctrina que haría avanzar a grandes jornadas el reino de Dios que ansiaban; aproximar a la parousia que esperaban. Estos hombres se llaman Marción, Tertuliano, Basíledes, etc. Ellos quisieron hacer de la Iglesia una secta gnóstica.

Comprenderemos la gravedad del peligro que amenazaba a la Iglesia, de pocos años de nacida, si revisamos algunas de las doctrinas más características del gnosticismo:

Entiendo yo que toda doctrina filosófica tiene dos coordenadas que se juntan en un vértice que es el hombre; estas coordenadas son el *mun-*

⁶ Castellani, L., *Conversación y Crítica Filosófica*, Buenos Aires. Espasa Calpe Argentina, 1941, p. 16.

do y Dios. Toda doctrina o explicación del problema de las cosas tiene que ser una respuesta a estas tres cuestiones: el problema de Dios; el problema del mundo; el problema del hombre.

Sobre Dios. La doctrina gnóstica era explícita: Dios es una fuerza que necesita expandirse; de hecho se ha expandido y por una serie de emanaciones sucesivas ha dado origen a una gama de seres inferiores denominados "eones"; la calificación, número, cualidades, etc., de los eones es un ño de esos campos donde la imaginación oriental se mueve con más amplitud y soltura.

Sobre el mundo. Decían los gnósticos que el mundo no ha sido hecho por Dios, sino que uno de los "eones" inferiores, divino por su naturaleza, lo creó. Como ese ser, aunque divino, era malo por haber pecado, el mundo es *intrínsecamente malo, la materia es perversa*. El mundo es el reino del "eón" perverso.

Sobre el hombre. El hombre es intrínsecamente malo y corrompido por ser fruto del demonio, del "eón" perverso. Hay, sin embargo, en el hombre una "llamita divina", un elemento pneumático que clama por un salvador. El salvador no podrá ser hombre pues sería intrínsecamente malo; por eso Jesucristo, según los gnósticos, tuvo una apariencia humana, pero no un verdadero cuerpo.⁷

En un sistema construido sobre tales postulados, la fe, la razón y la moral tienen un papel enteramente distinto del que generalmente se les atribuye en la doctrina católica. La razón es soberana, porque es la única que recibe la gnósis o inspiración por uno de esos modos ocultos en que abunda el sistema. El contenido de la fe —el dogma— no es una *verdad precisa* de significación intelectual estable, sino una imagen sugerente a la que cada uno debe ilustrar con las irisaciones de su luz interior.

Según los gnósticos la moral no existe; las actitudes ante la vida que propugna el gnosticismo son una de estas dos: o un ascetismo despreciador de todo lo que es carnal: condenando el matrimonio, la propagación de la vida, los alimentos, etc.; o por el contrario, un desenfreno que no admite leyes, pues las leyes son parte del dominio que el demonio tiene

⁷ Esta es la doctrina teológica conocida con el nombre de "docetismo", de DO-KEUO, en griego, que significa aparecer. Véase una explicación de esta herejía en Galtier, S. J., "De Verbo Incarnato", Paris, Beauchesne, 1947, p. 4.

sobre el mundo y la misión del iluminado es liberar al mundo de la tiranía de las leyes dadas solamente para esclavizar al hombre.

De hecho fueron muy pocos los gnósticos que eligieron el camino del renunciamiento y de la ascesis; los que, en cambio, atropellaron toda ley moral fueron legión y asociaron el gnosticismo con la imagen de depravación moral con que hoy se lo recuerda.

Cualquiera que conozca algo de la estructura misma del dogma y de la vida cristiana comprenderá cuán contrarias eran estas posiciones a la esencia misma de la vida de la Iglesia.

Un hombre tan poco sospechoso de amor al catolicismo como Renán ha descrito esta oposición con estas frases precisas: "Todo esto era irreconciliable con el Cristianismo. Esta metafísica de soñadores, este orgullo de brahmanes que habría introducido el régimen de castas, habría dado muerte a la Iglesia, si la Iglesia no hubiera tomado la delantera".⁸

Se puede comprobar que la expresión "hubiera dado muerte al cristianismo", usada por Renán no es desproporcionada, si se considera el peligro doctrinal, el peligro moral y el peligro institucional que significaba el gnosticismo.

Doctrinalmente: destruía los dogmas cristianos en su esencia misma de verdades o hechos. El dogma central de nuestra fe: la Encarnación, quedaba reducido a una apariencia. Cristo no era hombre sino apariencia de tal.

La actitud gnóstica frente a la materia contradecía toda enseñanza cristiana sobre la santificación de las cosas temporales, sobre la resurrección de la carne, sobre la santidad del matrimonio, etc.

No es necesario insistir en el peligro moral. El desenfreno gnóstico o el puritanismo, si se me permite esta expresión, anacrónica en el contexto, pero expresiva en su verdad, nos harán ver el peligro moral yacente en el gnosticismo.

Institucionalmente: los gnósticos destruían las bases mismas de la sociedad cristiana, al destruir el orden de una jerarquía y el poder del magisterio.

⁸ "Tout cela était incollable avec le christianisme. Cette métaphysique de rêveurs, cet orgueil brahmanique, qu'aurait ramené; si on l'avait laissé faire, le régime de castes, eussent tué l'Eglise n'eut pris les devants", citado en el art. *Gnosticisme* del Dictionnaire de Théologie Catholique, t. VI, c. 1483.

Este artículo es el resumen más cabal de las diversas corrientes gnósticas y su incidencia en el cristianismo. Obras más especializadas son las de Harnack y Mansel.

Los inspirados, los carismáticos eran los que, según ellos, debían regir las iglesias y no los jerarcas. El sentido institucional de obediencia faltaba totalmente en un sistema donde la Moral era librarse de la Ley.

Pero no sólo la Iglesia estaba en peligro; hemos afirmado que la misma vida de la razón fué salvada por la Iglesia cuando superó la crisis gnóstica: en efecto, de haber vencido el gnosticismo, el mundo occidental hubiera perdido algunas nociones, profundamente cristianas en su inspiración, que son el legado intelectual del Occidente. Espiguemos algunas:

- a) *El hombre es colaborador con Dios en la transformación del mundo.* Si se compara el progreso técnico, industrial y material de Oriente y Occidente se comprobarán enormes ventajas para Occidente; la razón de esta superioridad es teológica.

El oriental cree que la materia es mala e irredimible; el occidental sabe que la materia transformada por el hombre alaba a Dios. La actitud del occidental se inspira en un dogma cristiano: que *Dios es el Creador de las cosas visibles e invisibles.*

- b) *El hombre está destinado a un conocimiento superior de Dios,* pero ese conocimiento debe ir precedido de un proceso humilde de abstraer, comparar, compulsar datos, descubrir y juntar particitas de verdad. Este es el arduo camino de las ciencias. La iniciativa en la inspiración mística la tiene Dios; el hombre tiene que usar otro camino para acercarse a El.

- c) *El hombre es dueño de sus acciones;* la responsabilidad personal, la supervivencia personal, son ideas y convicciones inspiradas en la enseñanza cristiana y privativas de un sistema intelectual que afirma el carácter personal del hombre.

El Occidente en sus tiempos mejores y en sus instituciones más humanas fué personalista, creyó y vivió la doctrina del respeto a la persona humana.

En la lucha contra el gnosticismo, la Iglesia utilizó la misma arma intelectual que la que ha ocasionado la reunión de esta noche: es decir, usó de manifestaciones doctrinales autoritativas y solemnes; encíclicas o cartas papales, condenaciones, precisiones, fórmulas de fe; enseñanzas de sus Doctores, etc.

La carta del Pastor de Hermas; documento de fines del siglo I; la Carta II atribuida a San Clemente Papa, tercer sucesor de San Pedro; las obras teológicas de San Justino y de San Ireneo, los símbolos de fe, etc., son testimonios de la actividad docente de la Iglesia en tiempo del gnosticismo.

Circunstancias parecidas a las de la crisis gnóstica se repitieron en Europa en los siglos XII y XIII y dieron origen a lo que se ha llamado el Averroísmo latino.⁹

Múltiples tendencias integran el movimiento averroísta que está formado como por estratos diversos; el fondo de sedimentación del movimiento lo constituye una adhesión incondicional a Aristóteles, mal conocido y peor interpretado; la segunda zona está formada por los comentarios del médico árabe Averroes a Aristóteles; un tercer estrato lo constituyen las doctrinas neoplatónicas de Avicena. A estos elementos dispares, Siger de Brabante —en el siglo XIII— añade su propia interpretación de Aristóteles.

Se forman así las doctrinas principales de la Escuela Averroísta, que son éstas:

La creación es necesaria y eterna.

Hay emanaciones sucesivas que hacen proceder de Dios todas las cosas por grados intermedios.

No hay providencia en cuanto a las cosas terrestres.

Existe un determinismo universal de todo cuanto es y cuanto acontece.

La unidad del entendimiento del hombre tiene como consecuencia la negación de la personalidad individual y la negación también de la inmortalidad personal.

La controversia averroísta fué intensa; hubo como siempre intervenciones autoritarias del magisterio de la Iglesia y ponderación de las opiniones en cuestión por los grandes doctores cristianos.

Por el "De Unitate Intellectus" se apreciará el valor de la defensa que Santo Tomás hace de la razón humana. Santo Tomás insiste en que previamente a toda demostración puramente racional de la existencia de Dios, a las afirmaciones acerca de la credulidad de la fe, hay que demostrar el valor de la razón misma.

Hay en las controversias del siglo XIII un dato más que nos ilustra en la situación presente: los documentos pontificios, las declaraciones

⁹ Sobre Averroes y el Averroísmo se entretuvo Renán en su famoso libro: *Averroës et l'Averroïsme*, 2ª ed. Paris, 1861.

Actualmente se trabaja bastante en rehacer exactamente el pensamiento de los Averroístas latinos; dos obras indispensables para ese estudio son las colecciones de obras de Siger de Brabante publicadas en la colección "Les Philosophes Belges" por Van Steenberghe; y el trabajo de Mandonnet: *Siger de Brabant et l'Averroïsme latin*; Lovaina, 1899.

del Magisterio, fueron utilizadas como armas contra Santo Tomás, sobre todo la declaración de 1228 de Gregorio IX a los maestros de París. Santo Tomás quería introducir la terminología de Aristóteles en la Teología y Gregorio IX aconsejaba fidelidad a la tradición.^{9*}

Esta lección es valiosa: no son las novedades lo que la Iglesia condena, sino las negaciones. La terminología aristotélica introducida por Santo Tomás produjo escándalo; como lo produjeron algunas de las doctrinas filosóficas que él profesaba, siguiendo a Aristóteles; y sin embargo, Santo Tomás continuó sereno "haciendo verdad" porque esas eran verdades o métodos intrínsecamente coherentes y limpios de cualquiera connotación destructora, eran instrumentos que podían ser puestos a servicio de la verdad; y porque la verdad estaba de su lado, Santo Tomás ganó la causa.

Esta observación es importantísima; cuando en el presente documento el Papa nos dice que "no cualquier sistema filosófico es compatible con el catolicismo"¹⁰, no es porque ese sistema incompatible sea distinto de la Escolástica, sino por las negaciones o limitaciones que entraña.

El siglo XVI vió la crisis luterana. Esta crisis fué un desborde inmenso de tendencias contradictorias; frente al oleaje de una razón que se veía crecer y aumentar por momentos, como crece la burbuja de jabón sin saber que lo que gana en extensión lo pierde en solidez, se levantó la voz de la Iglesia en Trento. Porque eso fué la revolución luterana: un aumentar los campos del saber, un introducir la libertad aún en el examen de la fe sin reparar que le podría acontecer lo que a la pompa de jabón: estallar al crecer desmesuradamente, es decir, el ir haciendo tan delgadas sus paredes que desaparezca toda resistencia interior.

El Concilio de Trento no solamente fué un instrumento disciplinario, potestativo, etc.; sobre todo fué un acto magisterial, una gran precisión dogmática.

La enseñanza de Trento fué desoída: el individualismo religioso anár-

^{9*} El documento de Gregorio IX se llama "Ab Aegiptiis"; es una carta dirigida a los Teólogos de París en 1228, recomendándoles la fidelidad a la terminología católica.

El Papa insiste en que los términos teológicos no se deben cambiar por un vano afán de novedad. Véase el texto de este documento en el *Enchiridion Symbolorum*, DB. 442.

¹⁰ Véase el párrafo 14 de la Encíclica donde se habla de las "categorías" de la filosofía moderna.

quico y antidogmático producido por la rebelión luterana ha causado la actual situación que propugna el relativismo más absoluto.

Se dejó al individuo libre, sin la ayuda de una fe que fuera conocimiento, es decir, conjunto de verdades, una fe doctrinal, y con sólo el lastre de una fe fiduciaria, es decir, una confianza semirracional, y esa libertad ha producido la Babel moderna.

Señores, hay que haber experimentado el relativismo moderno para comprender lo que es y lo que significa.

En una explicación del valor del entendimiento hecha ante un grupo de estudiantes, el que habla recogió esta respuesta: "muy interesante"; "esa es una explicación"... "¿cuál es la otra?" Es decir, no se cree que nada pueda ser verdadero o falso, no se tiene una norma con la que juzgar de la verdad de otros sistemas y se pasa en la vida intelectual frente a las soluciones de los grandes problemas intelectuales como pasa el que no tiene dinero frente a los grandes escaparates de las tiendas, deseando o contemplando, deleitándose con ver lo que no puede poseer. Así abundan hoy quienes tienen por goce y riqueza intelectual el semimorboso saber que los problemas humanos tienen varias soluciones, todas igualmente inciertas.

La triste situación del hombre moderno, dijo en una ocasión Unamuno, no es que no cree sino que no quiere creer.

De la crisis modernista del siglo XIX y de este siglo hablaremos más en detalle cuando en nuestra próxima reunión expliquemos la necesidad de una estructura doctrinal coherente para interpretar los datos de la revelación. Precisamente ésa fué la gran negación modernista: el relativismo dogmático, de que se habla en los comienzos de esta Encíclica,¹¹ fué la bandera de unión de los modernistas que insistían en el irracionalismo propio de todo conocimiento de Dios.

Vengamos a nuestra situación contemporánea... Es innecesario que tratemos de ocultarlo: hoy vivimos en una de esas fases en que el pensar del hombre se ha hecho más turbio porque está menos purificado de los hondos elementos pasionales y afectivos que matizan y hacen tan intenso nuestro vivir moderno.

Cuán compleja sea nuestra situación contemporánea se ha manifestado en todos los conatos de reunión internacional o nacional en que hombres destacados han querido ponerse de acuerdo en las grandes cuestiones y los eternos problemas: ¿qué es el hombre? ¿cuál es el sentido de la

¹¹ Véase el N.º 15.

vida humana? Voy a citar sólo dos reuniones de este tipo celebradas en 1948 y 1949: el Décimo Congreso Internacional de Filosofía reunido en Amsterdam desde el 11 al 18 de Agosto de 1948 y la especial Convocatoria de filósofos y hombres de ciencia con que el año pasado se celebró el 50º aniversario de la fundación del Massachusetts Institute of Technology. Ambos sucesos reunieron a destacados miembros del pensamiento mundial; sobre todo el primero; y la posibilidad práctica de entenderse entre los hombres pareció reducida a cero cuando un señor delegado de Grecia al Congreso de Amsterdam, Chralamos Theodoridis, Profesor de la Universidad de Atenas, dijo que "Dios es simplemente la parte de nuestro yo que es proyectada fuera de nosotros y personificada" y que el hombre "se adora a sí mismo cuando adora a Dios"; vemos claramente la fisura que separa a los hombres y lo imposible y banal que resulta usar las mismas palabras cuando los conceptos son tan distintos.¹²

En la reunión de Boston filósofos y científicos trataron de ponerse de acuerdo y el resultado fué desconcertante; conozco los textos de una serie de discusiones sobre el papel correspondiente a la razón en el saber; inútil todo conato de aproximación a una solución común: hablaban sin entenderse.

El Papa describe en la Encíclica que comentamos (números 4 a 8) los principales síntomas de nuestra situación contemporánea. No es nuevo el mal que nos aqueja; irracionalismo, evolucionismo monista, pragmatismo, son viejas dolencias del género humano; la gravedad del mal de nuestros días radica en lo generalizadas que están tales dolencias y en los *desviados caminos* por los que se las quiere aliviar.

La medicina que el Santo Padre propone a los hombres de hoy es la misma que el siglo II proponía San Clemente Papa: curar la razón, usar la razón, creer en la razón.

Pánfilo Gentile, el pensador italiano, ha escrito el mejor comentario periodístico sobre la Encíclica "Humani Generis"; en este comentario apellida al documento pontificio "La salvezza della ragione",¹³ la salvación de la razón.

¹² Theodoridis, C., "Sur l'origine de l'idée de Dieu", *Proceedings of the Xth. International Congress of Philosophy*, p. 274-277. La cita está en la p. 275.

¹³ Gentile P.

"Verità e errore, bene e male oggi debbono esserci restituti nella loro nitidezza. U...E mentra, grazia al molti secoli d'educazione greca e cristiana la Ragione con sui dettati universalmente validi era stata sempre considerata como la prerogativa piú digna della creatura umana, l'essistenzialismo ci ha invece indicato a modelli i degenerati e i folli", en "La nuova stampa", 23 de Agosto de 1950.

En su esencia, el mensaje de esta Encíclica es una invitación a la reflexión serena sobre el valor de la razón; como dice Gentile, es un llamado a dar a la verdad y al error, al bien y al mal sus *nombrés propios*.

Y junto a la vida de la razón está el verdadero progreso de la ciencia. No hay tentación más connatural al hombre que la de tomar las hipótesis por verdades y el espejismo más engañoso es el de la falsa ciencia. El Papa inculca a todos una intensa dedicación a saber, a investigar, a desentrañar los complejos problemas que nuestra historia y nuestra vida en la tierra presentan, pero quiere que esa dedicación tenga la modestia de la ciencia verdadera, que no es negadora sino constructora.

Pierre Lecomte de Nöuy ha escrito estas frases que representan la expresión que un sabio da en nuestros días al mismo pensamiento que el Papa quiere comunicarnos:

"Desgraciadamente algunos sabios que aparentan despreciar la filosofía e ignoran la metafísica piensan que ellos pueden suprimir los objetos de la metafísica con sólo mostrar que estos objetos —Dios y el alma entre otros— no tienen lugar en su concepción.

Este argumento puede convencerlos a ellos pero parece menos que evidente a muchos otros... Se puede concebir que estos sabios tengan fe en el esquema o estructura intelectual que ellos se han delineado; pero apoyarse en ellos para crear una negación de la metafísica es simplemente un error de raciocinio... Y cuando ellos abusan del prestigio que su conocimiento técnico les ha dado y tratan de sembrar ideas negadoras entre los jóvenes, uno tiene todo derecho para criticarlos como contrarios al verdadero espíritu científico".¹⁴

Hablando a los Académicos de la Pontificia Academia de las Ciencias decía el Papa: "Y de ahí, nobles campeones de las ciencias y de las artes humanas, la Iglesia os reconoce la justa libertad del método y de investigación, sobre la cual nuestro inmortal Predecesor Pío XI fundaba esta Academia, sabiendo bien lo que el mismo Concilio Vaticano enseña, que la Iglesia no prohíbe de ninguna manera que las disciplinas de este género se sirvan, cada una en su dominio, de los principios que le son particulares y de un método propio; pero reconociendo esta justa libertad, quiere evitar con cuidado que ellas acepten errores contrarios a la divina doctrina o que franqueando sus límites propios se ocupen de cosas tocantes a la fe e introduzcan en ella el desorden (Conc. Vat., ses. II, c. IV)".¹⁵

¹⁴ Lecomte de Nöuy, *The road to reason*, Longmans, 1949, p. 233.

¹⁵ *Discurso Pontificio a los miembros de la Academia Pontificia de las Ciencias en 1939*. Publicado con la Encíclica Humani Generis por el Instituto Riva-Agüero, Lima, 1950, p. 56.

En las recientes controversias filosófico-teológicas tenidas con motivo de la *Nueva Teología* en Francia, se ha puesto muy en boga una comparación que creemos apropiada y expresiva: se dice que las leyes de la Arquitectura son las mismas para el hotentote que construye su tienda que para el arquitecto que diseñó el palacio real de Versalles o las Tullerías de París. Son las mismas leyes, por lo menos en lo que se refiere a la gravedad, a la resistencia de materiales, a las verdades esenciales de la ciencia arquitectónica: lo que varía en cada siglo, en cada generación, es el aprecio del detalle, las modificaciones accidentales, el decorado, etc. Lo que aumenta es el recurso a medios técnicamente más perfeccionados.

Cuando se estudia Arquitectura se va a aprender no sólo lo actual, lo moderno, lo del día, sino lo permanente, lo que no ha cambiado ni puede cambiar.¹

Igual cosa sucede en Teología, que es la ciencia racional del dogma: es ciencia y como tal dispone de un conjunto de principios rigurosamente deducidos y que tienen la estabilidad de los postulados primeros de toda ciencia; pero es una ciencia viva, que se mueve y crece al contacto con la vida de las otras disciplinas espirituales.

Y así como el arquitecto no puede por una innovación de gusto desafiar la ley de la gravedad, por ejemplo, así tampoco puede el teólogo por una arbitraria concesión a la moda, al momento actual y sus tendencias, sacrificar nada del depósito esencial con el que la Teología construye. Ese tesoro es el dogma o la verdad revelada.

Hay quienes con el intento laudable de salvar el abismo que separa a muchas de las inteligencias modernas de la verdad católica, han hecho concesiones peligrosas para la fe que quieren defender y para la inteligencia que quieren ganar.

No se tonifica el organismo con calmantes, ni se recupera la energía perdida excitando las funciones sensoriales.

Vamos a analizar en la lección de esta noche dos de esos nuevos métodos de construcciones intelectuales que se han puesto en boga en la filosofía moderna y que han sido usados por algunos imprudentemente en la exposición del dogma católico; me refiero al *existencialismo* y al *evo-*

¹ *Dialogue Theologique, Pièces du débat entre la Revue Thomiste d'une part et les RR. PP. de Lubac, Daniélou, Bouillard, Fessard, von Balthasar, S.J., d'autre part.*— Les Arcades, Saint Maxim, 1947. p. 11.

lucionismo. Vamos a ver lo que tienen de verdad esos métodos o actitudes intelectuales, cuál es la concepción de la realidad que encierran y qué uso pueda hacerse de ellos en la explicación de la verdad revelada.

I

EXISTENCIALISMO

El existencialismo es hoy un fenómeno social más que una doctrina filosófica. Dos pensadores tan sensatos como Régis de Jolivet, Decano de la Facultad de Filosofía de Lyon y Gabriel Marcel, el gran existencialista católico, han escrito abiertamente en este sentido. Marcel, sobre todo, ha sido incisivo y explícito sobre este particular en un artículo publicado en "Temps présent", —nov. 1945— y que él titula "El fenómeno Sartre".

Las pruebas de esta afirmación son muchas:

El existencialismo es hoy una moda, y las modas aunque se reflejan en filosofía no son ni pertenecen de suyo al orden filosófico. Ustedes habrán oído hablar de los cafés existencialistas de París, de las corbatas existencialistas; del teatro existencialista, de las películas existencialistas; en febrero pasado estaban dando en Nueva York una película que se anunciaba como el gran éxito existencialista: *The Chips are down*, me parece que se llamaba.

Pero como Marcel dice, un fenómeno de este orden y de esta magnitud necesita explicación. No hay que pasar altaneramente frente a él y despreciarlo. Parte de la explicación está, sin duda alguna, en la sugestividad del hombre contemporáneo y en el gusto por lo extravagante; otra parte está en lo imprescindible de la "opinión pública", que, como dicen los periodistas avezados, es voluble y tiene algo de la inconstancia femenina.

Parte de la explicación está en el método y la otra parte, la menos percibida pero la más eficaz, está en el lado sustantivo y constructivo de la doctrina.

En la Encíclica, el Papa se refiere varias veces al existencialismo: en el comienzo, número 53, lo llama seudofilosofía; en el número 14 pone al existencialismo como una de las nuevas filosofías en que se quiere hoy verter el mensaje cristiano; el número 32, finalmente, es más expli-

cito; da en él una definición del existencialismo, diciendo que es "la consideración de sólo la existencia de los seres singulares" y manifiesta en qué casos el existencialismo es incompatible con la verdad católica; "tanto si defiende el ateísmo como si al menos impugna el valor del raciocinio metafísico".

Ponderemos algunas de las afirmaciones del Santo Padre.

Y, ante todo, la definición de existencialismo: el existencialismo es un método de filosofar que afirma la prioridad, en el orden de la investigación, de las consideraciones sobre la existencia, antes que las consideraciones sobre la esencia. Como método desarrolla una especial sensibilidad para los problemas de la existencia en general y de la existencia humana en particular.

Pero es imposible a la mente humana, por lo menos le ha sido imposible hasta el momento, usar un método que no implique una doctrina, o elegir una doctrina que no implique un método.

Dicho en términos técnicos: necesariamente toda Ontología supone una Fenomenología y viceversa, toda Fenomenología supone una Ontología. Como doctrina, pues, también el existencialismo es una afirmación de la *prioridad de la existencia sobre la esencia*.

Lo que el método existencialista significa en concreto es esto:

a) *El punto de partida del filosofar es el hombre concreto*: al hombre le interesa su propia realidad antes que la realidad del mundo exterior; en su realidad interior le interesa más la zona más íntima y más oscura de su ser: lo que Freud ha llamado el "Ego" de la persona, más que la persona misma; aunque parezca un contrasentido, más que su vida consciente le interesa su vida subconsciente.

b) *Punto de llegada*: el existencialismo pretende llegar a un estudio de la realidad universal en función del hombre y su *experiencia vivida*; más que aceptar extrínsecamente unos valores derivados de una Metafísica irrealista, el existencialista quiere deducirlos de la propia existencia.

c) *Actitud en la búsqueda*: el existencialista no debe contemplar el mundo como un simple espectador, como quien desde tendido de sombra contempla al torero que se enfrenta con la bestia; o desde la butaca cómoda contempla el espectáculo cruel de la toma de Seúl. No, se trata de sentirse "engagé", en el poderoso término francés: es decir, comprometido en la empresa.

Somos actores y no espectadores del drama del mundo; el suceso de la búsqueda es nuestro propio destino; hay que buscar gimiendo, decía Kierkegaard.

Hasta aquí no hay nada en el método que no pueda regocijar intensamente a todo pensador de buena fe, más aún a todo pensador católico; estamos lejos del abstracto y negador idealismo hegeliano, o del encerrarse ensimismado y soberbio del que se hace la medida de todas las cosas por un racionalismo raquítico.

Como Kierkegaard ha insistido tantas veces, el cristiano no es uno que firma su depósito en un Banco y deja a otros que administren su capital mientras él goza de las rentas; el catolicismo es *una vida*, y como tal, importa el riesgo y la aventura de toda vida.

Recordemos algunos de los factores que hacen este método tan apropiado a nuestra situación contemporánea:

Factores de orden cultural: las múltiples corrientes ideológicas surgidas del kantismo han creado la exigencia de un inmanentismo profundo hasta llegar a entenderse plenamente la afirmación de Blondel, de que el hombre ya no recibirá ninguna doctrina ni ninguna verdad *solamente por una imposición extrínseca*, la medirá con su naturaleza o exigencias íntimas.²

Las corrientes ideológicas surgidas del freudismo, han dado *primacía* a lo instintivo, y han desarrollado la habilidad especial que el hombre hoy tiene de autoanalizarse.

Factores de orden económico: nunca se ponderará bastante la soledad a la que el individualismo capitalista ha reducido al hombre.

En esa soledad, frente a un inmenso trust del acero, o un poderoso Banco, el hombre debe replegarse en sí para defender lo que instintivamente sabe vale infinitamente más que todos los millones, pero que ve, sin embargo, en la práctica, derelicto, preterido; la derelicción del hombre,

² "La pensée contemporaine avec une susceptibilité jalouse considère la notion d'immanence comme la condition même de la philosophie: C'est-à-dire que parmi les idées regnantes il y a un résultat auquel elle s'attache comme à un progrès certain, c'est à l'idée très juste en son fond que rien ne peut entrer en l'homme qui ne sorte de lui et ne corresponde en quelque façon à un besoin d'expansion, et que ni comme fait historique, ni comme enseignement traditionnel, ni comme obligation surajoutée du dehors, il n'y a pour lui vérité qui compte et précepte admissible sans être de quelque manière autonome et autochtone..." Maurice Blondel, *Lettre sur les exigences de la pensée contemporaine en matières d'Apologétique*. Citado por Y. de Montecheuil, *Maurice Blondel, Pages Religieuses*. Aubier, Paris, 1941. p. 29.

el abandono, el desamparo cósmico, etc., toda esa negrura que Heidegger ha pintado, nunca creo yo se realiza tanto como en el caso del hombre víctima del despiadado capitalismo individualista.

Factores de orden político: dos guerras en Europa, de las perspectivas y proporciones de las dos pasadas, y la creciente amenaza de una tercera, hacen que el hombre medite en forma angustiosamente trágica en el sentido de su propio destino y sobre todo en el valor constructivo de las civilizaciones humanas.

Por eso, todo pensador honesto puede regocijarse del método existencialista. Pero desgraciadamente, en sólo el método puede *terminar* nuestra admiración: en efecto, como decía hace unos momentos, toda Fenomenología supone una Ontología; todo método, una doctrina; y la doctrina existencialista, fuera de la ofrecida por el exiguo grupo de existencialistas católicos, es inaceptable, es contradictoria, repugna a la razón humana porque es la proclamación del absurdo, de la nada, del no-ser.

Toda Fenomenología supone una Ontología: no ha habido históricamente un sólo sistema que se haya quedado en la pura descripción de la actual existencia, sino que siempre ha debido ascender al reino de las esencias y tal ha sucedido también con los existencialistas: no quieren conocer esencias, y afirman que la esencia del ser es estar colgado de la nada, su derelicción y su abandono, su ser-para-la muerte.³ No es el caso de repasar aquí sistemas y doctrinas existencialistas; es más bien el caso de terminar con esta simple comprobación: no ha habido en la historia ningún filósofo de grande envergadura, de verdadero valer constructivo, que haya sido esencialista en el sentido exclusivo que los existencialistas dan a esta palabra. Si alguno pudiera considerarse como tal es Platón; y nadie que haya leído los Diálogos podrá hacer en serio esta afirmación. El Platón que describió Schleiermacher y ha pasado a bastantes de los manuales de Historia de la Filosofía, se parece tanto al Platón real de los Diálogos como la vida se parece a una película de cine. Platón es esencialmente existencialista en su método, en su búsqueda, en sus comparaciones.

Menos esencialista es aún Santo Tomás: que se recuerde su pasión por lo concreto, por la información precisa y el dato positivo; que se haga el resumen de su teoría, y se verá que para él, el conocer del hombre em-

³ Sobre Heidegger, véase A. Wagner de Reyna, *La Filosofía Existencial de Heidegger*, en "Archivos de la Sociedad Peruana de Filosofía", t. III (1950), p. 33-43.

pieza ocasionalmente al menos, con la existencia, pues "no hay nada en el entendimiento que no esté primero en el sentido"; y los sentidos, no son precisamente facultades abstractivas y percibidoras de esencias: Dios es el fundamento de los posibles, y Dios es sumo y supremo Acto de Ser. La Moral tomista es la plena realización de la especie humana: el desarrollar las virtualidades ontológicas esenciales que nos da el hecho de nuestra semejanza racional con Dios: algo más existencial y más intrínseco no se puede imaginar. . . .

¿Qué significa, pues, toda esa alharaca existencialista? Es, como decíamos al empezar, un fenómeno de nuestra atormentada sociedad contemporánea, una reacción, en parte legítima, contra las exageraciones y empobrecimiento del hombre que creó el idealismo y cierto abuso de un mal comprendido escolasticismo.

Ceder ante él es dañar existencialmente a esa misma inteligencia que se quiere salvar; hay que hacer lo que han hecho un Marcel o un Zubiri: superar al existencialismo desde dentro, que es precisamente lo que el Papa dice: "Aun en esas cuestiones esenciales se puede vestir a la filosofía con más aptas y ricas vestiduras, reforzarla con más eficaces expresiones, despojarla de ciertos modos escolares menos aptos, enriquecerla con cautela con ciertos elementos del progresivo pensamiento humano; pero nunca es lícito derribarla, o contaminarla con falsos principios, o estimarla como un grande monumento, pero ya en desuso. Pues la verdad y su expresión filosófica no pueden cambiar con el tiempo, principalmente cuando se trata de los principios que la mente humana conoce por sí mismos o de aquellos juicios que se apoyan tanto en la sabiduría de los siglos como en el consenso y fundamento de la divina revelación" (nº 30).

II

EVOLUCIONISMO

La segunda cuestión que tenemos que considerar es la del Evolucionismo, cuestión mucho más delicada, vasta y compleja, en la que los nombres y autoridades no tienen la pobreza y calidad moral de un Sartre, un Bataille o un Nietzsche.

El problema del evolucionismo es, además, mucho más complejo.

Para poder tratarlo con algo de orden vayamos distinguiendo tres fases o sentidos distintos de la expresión:

- hay en primer lugar un evolucionismo biológico, que referido especialmente al hombre se ha llamado transformismo;
- hay en segundo lugar un evolucionismo histórico: referido a la vida y cultura humanas se ha llamado historicismo; un aspecto de él es el problema de la evolución de los dogmas;
- hay en tercer lugar un evolucionismo universal: un proceso evolucionista de tipo materialista o idealista, que se ha llamado dialéctico. La Dialéctica Idealista de Hegel o la Dialéctica Materialista de Marx son ejemplos de esta evolución.

A estos tres sistemas se refiere el Papa en la Encíclica, haciendo sobre ellos algunas precisiones.

Del primero dice: “Por eso el Magisterio de la Iglesia no prohíbe que en investigaciones y disputas entre los hombres doctos de entre ambos campos se trate de la doctrina del *evolucionismo*, la cual busca el origen del cuerpo humano en una materia viva preexistente (pues la fe católica nos obliga a retener que las almas son creadas inmediatamente por Dios), según el estado actual de las ciencias humanas, y de la sagrada teología, de modo que las razones de una y otra opinión, es decir, de los que defienden o impugnan tal doctrina, sean sopesadas y juzgadas con la debida gravedad, moderación y templanza; con tal que todos estén dispuestos a obedecer el dictamen de la Iglesia, a la que Cristo confirió el encargo de interpretar auténticamente las Sagradas Escrituras y de defender los dogmas de la fe. (Cfr. Allocut. Pont. ad membra Academiae Scientiarum, 30 novembris 1941; A. A. S., vol. XXXIII, p. 506). Empero, algunos con temeraria audacia, traspasan esta libertad de discusión, obrando como si el origen mismo del cuerpo humano de una materia viva preexistente fuese ya absolutamente cierta y demostrada por los indicios hasta el presente hallados y por los racionios en ellos fundados, y cual si nada hubiese en las fuentes de la revelación que exija una máxima moderación y cautela en esta materia” (nº 36).

Es decir, para fijar posiciones:

I.—Es indispensable hacer una afirmación explícita de la creación de las almas por Dios. Este hecho no tienen que juzgarlo los biólogos; está fuera de su órbita. Lo que ellos deben hacer es ver si sólo lo que ellos pueden encontrar en su *experiencia* y *deducción* satisface y basta para explicar todos los fenómenos humanos aun los que se han llamado espirituales, o al contrario, mostrar la indigencia radical de toda afirmación puramente material. Véase sobre ésta a Lecomte du Nöuy, quien, como comentábamos hace poco, se ha levantado en contra de los que en nombre de la ciencia excluyen el espíritu.

II.—En la dependencia biológica del cuerpo humano de otros cuerpos animales la ciencia tiene la palabra, advirtiendo, sin embargo, estas dos cosas:

- a) el pensador e investigador católico debe siempre recordar que la Sagrada Escritura exige de él máxima cautela en esta materia, que por rozarse además con dogmas o verdades explícitamente reveladas por Dios, está bajo el dominio indirecto del magisterio de la Iglesia.
- b) el investigador no católico recuerde su obligación de verdad y honestidad científica: no presente sus conclusiones como ciertas cuando sólo son probables, ni haga de su *teoría* o *hipótesis*, hechos ya comprobados.

III.—Ciertamente el dogma del pecado original pide la descendencia de todos los hombres de Adán, por lo tanto "no se ve claro" cómo pueden existir hoy en el mundo hombres que desciendan de otro tronco biológico que no sea Adán y Eva.⁴

Todo esto sobre el evolucionismo biológico. Qué prudente y recatada sea la posición del Papa aparecerá claramente a quien quiera mirarla con más cuidado. ¿Qué menos que exigir probidad, serenidad intelectual y cierto pensado aplomo para no dejarse llevar de novedades? El mundo está ya hastiado de las teorías universalistas. Flor de la imaginación de un día, explicaciones universales para quienes no pueden ascender más allá de lo inmediato pero que caen después, por su misma desorbitada pretensión. Recuerdo en este momento el freudismo: hubo un instante en que toda la Psicología pareció hacerse freudiana; hoy, decantado el producto, precipitadas todas las estridencias que eran puramente imaginativas, Freud ha pasado a la ciencia verdadera, a la que construye, no a la que alborota; se retienen de él algunas explicaciones, intuiciones profundas, algunos términos técnicos, y un método eficaz para terapias. Lo demás se ha abandonado por los expertos y queda para los charlatanes; lo mismo pasará con la teoría de la evolución en el dominio biológico: se hará más modesta a medida que se hagan nuevas conquistas y nuevos avances del saber.

La cuestión del historicismo es mucho más complicada, porque ella

⁴ La expresión latina, que es la autoritativa en los documentos pontificios, dice: "Nequaquam appareat", es decir, de ningún modo se ve cómo pueda ser.

implica toda una serie de nociones que no podemos dar aquí y como es más complicado aún el tercer sentido del evolucionismo, el sentido del *proceso dialéctico universal*, yo renuncio a tratarlo esta noche, porque sería traicionar el tema el pretender explicar algo preciso sobre ello en tan corto espacio, sin incidir en generalidades vacías de sentido.

Quienes quieran información valiosa sobre esto, pueden, con fruto, consultar a Zubiri en sus magníficos estudios sobre el acontecer humano, o a José de Tonquedec en la serie de artículos sobre el contenido de *Las dos fuentes de la Moral y de la Religión* de Bergson.⁵

Que este proceso dialéctico, cuando es observado y ponderado con la sobria verdad de un genio, construye realmente, se prueba con claridad por el ejemplo del mismo Bergson.

El Bergson de la Evolución Creadora, asciende al Bergson de las Dos Fuentes de la Moral y de la Religión y se perfecciona en el Bergson atraído por el catolicismo.

Como decía en la clase anterior, una de las grandes afirmaciones de la crisis modernista fué el relativismo dogmático.

Según los modernistas las nociones no son absolutas, porque expresan las concepciones particulares de individuos concretos que viven en un tiempo y circunstancia histórica determinados.

Todo esto es verdadero si se admite una debida proporción en su aplicación y en su explicación; cualquiera que conozca un poco de Teología sabrá la serie de significados que el término *prosopon* o persona tuvo antes de venir a fijarse en el actual contenido y connotar, como lo hace hoy, la raíz íntima de la individualidad del ser racional. Precisamente lo que esa historia significa es que teniendo claro y presente el concepto, no se encontraba el término preciso para expresarlo. Eso que Freud ha llamado anticipación de percepciones, intuir los resultados que obtendremos antes de poderlos formular, está presente en el caso de muchos dogmas.⁶

Leonce de Grandmaison, uno de los espíritus más cultos y más armónicamente contruídos con que Dios ha querido bendecir a la Compañía de Jesús en los tiempos modernos, ha escrito un libro valioso sobre la naturaleza del dogma que él compara a un organismo que vive o a una

⁵ J. de Tonquedec, *La Clef des "Deux Sources"*, Etudes, t. 213 (1932), p. 516-543; 667-683.

⁶ Para la historia de la cuestión de la persona y sus relaciones con el dogma de la Encarnación véase el estudio de Galtier, *De Incarnatione et Redemptione*, París, Beauchesne, 1947, p. 67-93.

ciencia que se desarrolla.⁷ Su intuición no puede ser más exacta: la vida no tiene un desarrollo geométrico, no crece como el cristal, exactamente y en el mismo sentido; lo mismo pasa con las ciencias: cambian en sus hipótesis, en sus postulados fundamentales jamás; progresan aunque a veces en aparente contradicción.

Tal es también el dogma. Recientemente hemos asistido a uno de esos enriquecimientos por explicitación de lo implícito. El dogma de la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma es un caso de ese crecimiento y enriquecimiento de la verdad revelada.

La tercera lección consistió en una serie de breves precisiones sobre algunos textos principales de la Encíclica.

Después de estas explicaciones se tuvo una discusión en la que intervinieron profesores y alumnos. Los principales temas que se discutieron: a) Implicaciones jurídico-morales del monogenismo; b) Ciencia de Dios sobre los futuros libres; c) Nuevas precisiones sobre el existencialismo; d) La voluntad salvífica universal y la necesidad de pertenecer a la Iglesia.

⁷ Grandmaison, S. J., *Le Dogme chrétien, sa Nature, ses Formules, son développement*. Paris, Beauchesne, 1932.